

# LOS HOGARES DE MENORES SIN AMPARO FAMILIAR: UN ACERCAMIENTO DESDE SUS AGENTES EDUCATIVOS

*HOMES FOR MINORS WITHOUT FAMILY PROTECTION – AN APPROACH FROM THE EDUCATIONAL AGENTS*

**Iván Santana Díaz**

**Rachel Domínguez Rodríguez**

**Ariadna Armengol Becquer**

**Roxana Hernández López**

Facultad de Psicología, Universidad de la Habana.

## RESUMEN

El objetivo del presente estudio es caracterizar los estilos educativos empleados por un grupo de cuidadoras de menores sin amparo familiar. Se utilizó una metodología cualitativa, a través de los estudios de casos múltiples. Como técnica fundamental fue aplicada la entrevista semiestructurada. Los resultados obtenidos muestran cierta inconsistencia en los estilos educativos empleados, al no definirse una estrategia pautada institucionalmente. El diálogo y el castigo representan los principales recursos educativos empleados. El personal asistencial estudiado muestra dominio de sus funciones y vivencia una importante necesidad de recibir formación profesional para el adecuado desempeño de su papel. Como fortaleza destaca la no identificación del empleo de pautas educativas maltratantes.

**Palabras clave:** desamparo infantil, estilos educativos, personal asistencial.

## ABSTRACT

*The objective of this study is to characterize the educational styles used by a group of caregivers of children without family members. A qualitative methodology was used, through multiple case studies. As a fundamental technique, the semi-structured interview was applied. The results obtained show certain inconsistency in the educational styles used, since no strategy was institutionally defined. The dialogue and the punishment represent the main educational resources used. The assistance personnel studied show mastery of their functions and experience an important need to receive professional training for the adequate performance of their role. One of the strengths of this approach is that it does not identify the use of abusive educational guidelines.*

**Keywords:** child abandon, educational styles, assistance personal.

## INTRODUCCIÓN

Adentrarnos en el estudio de una realidad supone, ante todo, el reto de aceptar que está generalmente plagada de matices, de elementos dicotómicos, de experiencias muy diversas y, en muchas ocasiones, contradictorias. Es eso lo que sucede cuando es la infancia la realidad a estudiar, el fenómeno a investigar. Descubrimos que no todas las infancias son iguales, que no todas las experiencias infantiles son desarrolladas y armoniosas, que no todos los sucesos de los primeros años de vida se transfiguran en recuerdos agradables, en buenos momentos que acompañan el devenir de los años venideros, que no todos los niños crecen en familia. En efecto, no todos los niños crecen rodeados del amor familiar, amparados por una estructura protectora sustentada en pilares afectivos y vínculos estables positivos. Cuando la familia no deviene en espacio propicio para “crecer bien”, para “ser feliz”, resulta imprescindible generar espacios alternativos que propicien a aquellos menores cuyo bienestar es vulnerado la oportunidad, y sobre todo el derecho, de satisfacer de forma adecuada sus necesidades emocionales, cognitivas, vinculares, físicas y sociales.

Los hogares de menores sin amparo familiar constituyen centros de asistencia social encargados de proteger a la infancia vulnerada cuando su familia de origen no puede cumplir con sus funciones ni asegurar la salud física y psicológica de sus niños. Los menores ingresan en estas instituciones por diversas situaciones de desventaja social como abandono, orfandad, ser hijos de padres reclusos, de padres que padecen alguna enfermedad invalidante o de padres que pierden la patria potestad. El objetivo fundamental de estas instituciones es el alojamiento, cuidado, atención y educación de los menores de edad, proporcionando, tal y como dispone el Decreto Ley No. 76 (Mesa Cumbre, 2013), condiciones de vida semejantes a las de un hogar.

Proporcionar tales escenarios de vida, homogéneos a los de un hogar, supone, ante todo, el intento de que cada uno de los menores acogidos logre vivenciar y participar de aquellas experiencias normales y esperadas para los niños de su edad, que establezca relaciones satisfactorias con coetáneos y adultos y se generen sentimientos de pertenencia y cohesión a este nuevo grupo que deviene de alguna manera en “su nueva familia”.

Estos hogares tienen entre sus desafíos más importantes y necesarios propiciar un contexto de convivencia educativo y afectivo capaz de satisfacer las necesidades del menor, de modo que se posibilite su adecuado desarrollo biopsicosocial. Al mismo tiempo, deben servir como plataforma correctiva y reparadora que permita a los niños y adolescentes aprender a manejar, de la manera más adaptativa posible, la dolorosa experiencia de la separación de su familia de origen y lograr un ajuste saludable a sus nuevas condiciones de vida.

Los hogares cuentan con una estructura organizativa formal, que incluye un director, subdirector administrativo, asistentes, trabajador social y psicólogo, además del personal encargado de la elaboración de los alimentos y los profesionales de la salud para atender cualquier cuestión médica. Cada uno de estos puestos cuenta con tareas y funciones específicas, que delimitan sus responsabilidades ante el proceso de cuidado y atención a los menores acogidos. No obstante, las propias dinámicas cotidianas requieren de la participación activa de todos los trabajadores, para garantizar un régimen de vida adecuado, basado en el aseguramiento de sus derechos.

Para tal fin, resulta deseable que el personal que atiende a estos menores pueda compensar la falta de la familia o propiciar la presencia de al menos un adulto significativo que emerja como red de apoyo. No solo se trata de atender aquellas necesidades básicas del menor, relacionadas con su cuidado, alimentación e higiene, sino que resulta muy valiosa, como reconoce Cyrulnik (2005), la emergencia de

un otro que permita al infante la reanudación de un vínculo saludable con el mundo adulto, generalmente dañado por sus experiencias familiares previas.

Sin embargo, las complejas demandas laborales a las que deben dar respuesta los trabajadores de dichas instituciones imponen retos a las dinámicas relacionales que estos pueden establecer con los menores bajo su cuidado. Como afirma Soler Veloz (2007), el personal asistencial de estos hogares asume un conjunto de obligaciones que dificultan en gran medida la atención individualizada que cada uno de los niños y adolescentes requiere. Basan su labor fundamentalmente en el cumplimiento de las normas de convivencia y satisfacción de sus necesidades de alimentación, cuidado e higiene, lo que relega a un segundo plano las emocionales y comunicativas. Una investigación reciente confirma lo expuesto, al encontrar como resultado principal que, para la totalidad de los adolescentes sin amparo familiar estudiados, los trabajadores del hogar proporcionan apoyo instrumental en su función proveedora, como parte de sus responsabilidades institucionales, pero muy pocos son percibidos como una fuente de apoyo emocional (Santana Díaz, Rodríguez González y Rodríguez Ortiz, 2018).

Las experiencias previas de vida de los menores acogidos –muchos de los cuales fueron víctimas de diversas formas de maltrato infantil–, la abrupta separación de su familia de origen, la inserción en un nuevo contexto relacional sin que medie su voluntad y la incertidumbre asociada al futuro constituyen algunas de las condiciones que inciden de manera negativa en el bienestar psicológico de estos infantes. Tales elementos afectan la adaptación positiva de los menores al hogar, por lo que es frecuente la presencia de comportamientos desajustados y desafiantes que obstaculizan las relaciones del niño con su entorno, con sus compañeros del hogar y, sobre todo, con los adultos responsables de su cuidado. Además, la presencia de varios niños de diferentes edades en un mismo hogar implica que, preferiblemente, los vínculos que se establezcan con los mismos respondan al momento evolutivo en el que se encuentran, lo que supone un importante desafío para el personal asistencial.

Ante este complejo escenario resulta fundamental la labor que pueda desempeñar el personal asistencial, ya que, como plantea García Véliz (2013), el hogar deviene en el nuevo mundo afectivo de los menores, de ahí la necesidad de proporcionarles una atención esmerada, orientadora, educativa, protectora y desarrolladora. En este sentido, se hacen necesarias intervenciones profesionales de calidad, competentes, basadas en la empatía por el mundo infantil, la senilidad y el afecto, sin que ello suponga desvirtuar responsabilidades y funciones institucionalmente pautadas. Todo esto refleja la dificultad del fenómeno a estudiar, e incluso, lo paradójico que puede resultar en ocasiones. En este sentido, consideramos pertinente la consideración de Campos *et al.* (2011, citados por Delgado Magro, 2012):

las relaciones afectivas que se establecen son de gran complejidad dado que las condiciones vienen delimitadas por un contrato laboral. El centro está conformado por profesionales que no sustituyen a la familia, sino que acogen al niño durante un tiempo concreto [...] En este sentido, los profesionales creen que siempre tiene que existir una necesaria distancia emocional para que los niños sean conscientes de que los trabajadores no son sus padres, aunque en gran medida realicen funciones equivalentes a las de estos. (p. 8)

Es por ello que resultan pertinentes las investigaciones y acciones profesionales orientadas a estudiar y perfeccionar las dinámicas relacionales que tienen lugar a lo interno del hogar entre el personal encargado del cuidado y los menores acogidos, teniendo en cuenta que estos últimos se encuentran en períodos importantes de su desarrollo psicológico, además de vivenciar necesidades emocionales y vinculares que pueden y deben ser satisfechas en la propia institución que los ampara. Al mismo tiempo, abordar el fenómeno desde la perspectiva de los educadores es un elemento esencial, en tanto la calidad del cuidado

y del vínculo que estos puedan establecer repercutirá de manera positiva en la adaptación y ajuste de los menores al hogar, además de incidir directamente en su bienestar psicológico. En este sentido, resulta necesario indagar el propio conocimiento que el personal asistencial de estos hogares tiene respecto a sus funciones laborales y el modo en que las ejercen, además de reconocer los estilos educativos y de socialización empleados con los niños, de manera que se tome mayor conciencia de la relevancia de su papel y se identifiquen fortalezas, debilidades y potencialidades en el desempeño del mismo.

## **1. METODOLOGÍA**

El objetivo general de este estudio es caracterizar los estilos educativos empleados por el personal asistencial de un hogar de menores sin amparo familiar. Para ello, es necesario identificar esos estilos y caracterizar el conocimiento que posee el personal asistencial respecto a sus funciones institucionales y las demandas de superación profesional para el adecuado desempeño de su papel educativo.

La investigación se realizará sobre la base de un enfoque cualitativo, lo cual es coherente con el marco epistemológico y conceptual que le sirve de base. Se eligió el empleo de este enfoque para comprender y aproximarnos de manera interpretativa, fenomenológica y holística a la realidad construida por cada uno de los participantes. El trabajo tuvo un carácter exploratorio, dado por los insuficientes antecedentes investigativos en esta población, y transversal no experimental, pues se estudiará el fenómeno ya existente en su contexto natural, sin la manipulación de variables, en un momento y tiempo único.

### **1.1. Procedimiento**

La primera fase de la investigación estuvo orientada fundamentalmente a la búsqueda y revisión selectiva de la literatura relacionada con el tema a abordar, para sustentar de forma teórica el estudio y adquirir un marco de referencia con que interpretar los resultados. También permitió determinar el empleo de la metodología cualitativa a través del estudio de casos múltiples y definir las técnicas mediante las cuales aproximarnos al objeto de estudio.

La segunda fase estuvo relacionada con el acceso a la población estudiada, donde se explica la pertinencia de la investigación y se motiva a la participación en la misma. En la tercera fase se pasa a la aplicación de las entrevistas, organizadas en dos sesiones de trabajo. Una vez recogida la información tuvo lugar el análisis de contenido, primero de cada caso individual, mediante la interpretación de lo expresado por los participantes, y luego de la integración y discusión de la información obtenida. Se presenta un reporte final donde se triangulan los resultados y emergen análisis explicativos sobre el fenómeno estudiado.

### **1.2. Instrumentos**

La entrevista semiestructurada representa la técnica por excelencia empleada en la investigación. Su uso permite a los investigadores profundizar en los contenidos subjetivos y vivenciales de los participantes, lo que facilita a estos últimos la expresión de significados, pensamientos y emociones elaborados a partir de sus propias experiencias profesionales y personales.

La entrevista no solo permite adentrarnos en los contenidos psicológicos de las personas a las que estudiamos, sino que, dado su carácter relacional, también permite generar un intercambio flexible y abierto de ideas, facilitadoras tanto de un proceso de diagnóstico, como de uno interventivo. La elaboración de las respuestas, las reflexiones asociadas, la emergencia de sentidos personales y los contenidos afectivos propios de la experiencia humana pueden constituir un punto de partida para la toma de conciencia de sus acciones profesionales, la identificación de patrones vinculares y educativos, las

motivaciones asociadas al desempeño de su trabajo y el reconocimiento de fortalezas, debilidades y potencialidades.

### **1.3. Muestra**

La muestra de la investigación estuvo compuesta por seis trabajadoras del Hogar 58, en el municipio Playa: la directora, la subdirectora, la educadora principal, dos auxiliares generales y la enfermera. Cada una de las participantes contaba con al menos un año de experiencia en la atención a menores sin amparo familiar.

## **2. RESULTADOS FUNDAMENTALES**

### **2.1. Características del estilo educativo**

A partir de los contenidos expresados por el personal estudiado, se identifica que, como generalidad, se emplea el diálogo como principal recurso para intentar ejercer una influencia educativa sobre los menores. La totalidad de las trabajadoras pondera la conversación como una vía de acercamiento, control e influencia, para ayudar a los menores a reflexionar en torno a su comportamiento, y de ese modo estimular su capacidad de comprensión acerca de las consecuencias de sus conductas inadecuadas. Incluso, reconocen que la capacidad de dialogar y la paciencia son habilidades necesarias para asumir la responsabilidad de educar y atender a estos menores.

Aun cuando se prefiere el diálogo como recurso educativo, algunas de las trabajadoras manifiestan que tiene un carácter limitado, pues no siempre propicia los cambios deseados y en ocasiones pierde su carácter regulador. Esto puede estar asociado a que no todas las trabajadoras poseen las mismas habilidades comunicativas ni igual capacidad de persuasión, además de las características específicas de cada uno de los menores y cómo estos responden a las diferentes pautas relacionales de los adultos.

Se reconoce el castigo como el método de control disciplinario más empleado, a partir del confinamiento de los menores al sofá, como espacio simbólico correctivo, donde se les priva de las actividades recreativas y de ocio que comúnmente forman parte de las dinámicas del hogar. Ninguna de las trabajadoras refiere el empleo del maltrato físico como recurso educativo, pues lo consideran reprobable e inefectivo, además de que pudiera, de algún modo, reproducir patrones de crianza anteriores que afecten el bienestar emocional de los menores.

Resulta válido destacar que no todas las educadoras estudiadas evalúan como adecuado ni desarrollador el empleo del castigo. En este sentido, se aprecia cómo existen diferencias a lo interno del personal y de cada uno de los equipos de trabajo que se conforman. Algunos de estos equipos tienden a ser más permisivos y flexibles, lo que genera preferencias en los menores por algunas educadoras en específico, mientras que otros grupos tienden a ser más rígidos y autoritarios. Tal inestabilidad en el estilo educativo atenta en contra de la dinámica institucional, además de generar incertidumbre en los menores e inconsistencias en sus comportamientos.

No obstante, es preciso tener en cuenta que las relaciones entre los menores y los adultos responsables no tienen un carácter unidireccional, ni están mediadas exclusivamente por las capacidades de estos últimos para ejercer autoridad e influencia desarrolladora. Por lo tanto, resulta imprescindible contextualizar las prácticas educativas, atendiendo tanto a los estilos de socialización de los adultos como a las características de los menores y a las circunstancias específicas en las que tiene lugar este proceso.

Un elemento que dificulta los procesos educativos está asociado a la presencia de menores de diferentes grupos etarios en el hogar. Como reconoce Arés Muzio (2010), los códigos de comunicación y los estilos vinculares que establece el adulto con los menores deben ajustarse al momento evolutivo de estos últimos, por lo que es necesario flexibilizarlos y modificarlos en función de las características específicas de cada edad. Sin embargo, el régimen de convivencia del hogar provoca que en ocasiones las normas sean generalizadas y no tengan en cuenta las particularidades de las edades, las necesidades asociadas a cada etapa del desarrollo y los códigos de socialización más efectivos a implementar en cada una de estas. Por lo tanto, las características propias de cada edad y el desconocimiento que puedan tener las trabajadoras en relación a tales particularidades, su falta de capacitación constante para desempeñar las tareas asociadas a su papel y las dificultades emocionales y conductuales que manifiestan los menores sin amparo familiar constituyen elementos que dinamizan y entorpecen los procesos relacionales a lo interno del hogar.

Aun cuando no se reconocen ni naturalizan prácticas educativas de riesgo, consideramos pertinente y recomendable el establecimiento de una estrategia educativa institucionalmente pautada y compartida, que funcione como marco de referencia capaz de homogeneizar las dinámicas de control y educación empleadas por el personal de la institución. Resulta deseable implementar un estilo educativo consistente, que combine afecto con exigencias y límites establecidos de manera clara. Ello, en primer lugar, permitiría a los menores entender mejor las normas de convivencia y conductas adecuadas y esperadas en una sociedad, además de empoderar a las trabajadoras del hogar. En este sentido, aun sin negar la importancia de las habilidades relacionales, comunicativas y educativas de cada uno de los miembros del personal asistencial del hogar, y sin dejar de legitimar las diferencias individuales que puedan existir en este sentido, consideramos necesaria una mayor coherencia institucional en cuanto a los modos de actuar, en aras de propiciar intervenciones profesionales y humanas de calidad, que satisfagan las diversas necesidades de estos menores y contribuyan a la optimización de su bienestar psicológico.

Como fortaleza significativa a destacar se aprecia que los contenidos de los procesos educativos están marcados por dinámicas afectivas. Como reconocen Barudy y Dantagnan (2005), educar a los menores es, ante todo, un proceso relacional que implica necesariamente una vinculación afectiva. Así, fue posible identificar cómo las trabajadoras intentan estar atentas a las diferencias individuales de los infantes y a aquellos aspectos favorecedores de mayor proximidad y entendimiento, lo que posibilita que se establezcan relaciones emocionales intensas entre algunos de los menores y sus educadoras, aunque esta dinámica no es generalizable a todos.

## **2.2. Conocimientos respecto al puesto de trabajo**

En cuanto al conocimiento de las funciones que cada trabajador debe desempeñar, de forma general manifiestan un adecuado dominio de las tareas a realizar, lo que permite delimitar responsabilidades institucionalmente pautadas. No obstante, aun cuando existen especificidades para cada puesto de trabajo –reconocidas por el personal–, en la práctica suelen ser difusos estos límites, lo que trae consecuencias positivas y negativas.

Como aspecto favorable a rescatar, esta “contaminación” de funciones permite una mayor implicación del personal en la atención a los infantes, lo que propicia que los últimos dispongan de mayor cantidad de adultos que devengan en red de apoyo. Muestra de ellos es el caso de la enfermera, quien participa de manera activa y voluntaria en las dinámicas del Hogar orientadas al cuidado y educación de los menores, aun cuando ello no entra de manera explícita en su contenido de trabajo.

Como aspecto negativo está el hecho de que asumir varias funciones puede implicar una sobrecarga de responsabilidades y tareas por parte del personal, lo que puede generar agotamiento y cierto nivel de ambigüedad en el rol. El ejemplo fundamental es la directora, quien presenta dicha sobrecarga, pues además de las responsabilidades de su cargo, garantiza tanto la atención, educación y cuidado de los menores, así como la gestión del personal que dirige y el adecuado desempeño de sus funciones. Téngase en cuenta que la directora constituye la representante legal de los menores, de ahí que las demandas asociadas a su cargo sean mayores y, por ende, perciba mayor agotamiento físico y emocional. Además, refiere que la falta de personal provoca que deba desdoblarse también como administradora, lo que incrementa la sobrecarga de responsabilidades, unido al poco tiempo que lleva asumiendo la dirección del centro.

Como resultado relevante de nuestra investigación se aprecia cómo la totalidad del personal entrevistado pondera el aspecto emocional de su labor, al considerar esta una esfera imprescindible que trabajar con los menores, dadas las carencias afectivas que estos vivencian por la separación de su familia de origen. Consideran que las acciones encaminadas a cubrir las necesidades materiales y educativas de los menores deben estar matizadas por el afecto y la amabilidad. Al mismo tiempo, reconocen los costos emocionales de su trabajo, pues por lo general se implican con los menores bajo su cuidado. En este sentido, la mayoría de las educadoras considera que se han sensibilizado con las historias de vida de los infantes que ingresan al hogar, muchas veces caracterizadas por experiencias previas de algún tipo de maltrato infantil. De ahí, los intentos para compensar esta falta de cariño, lo que, según ellas, constituye un desafío.

Reconocen además que las principales dificultades de su labor no se relacionan directamente con la cantidad de tareas a realizar, sino que se asocian a las propias características psicológicas de los menores. Refieren que a algunos les cuesta adecuarse al régimen de convivencia, actúan de manera desafiante ante la autoridad de los adultos, manifiestan problemas de escolarización, provienen de contextos familiares difíciles y les cuesta regular su conducta de manera adecuada. Las trabajadoras identifican que el desafío fundamental se encuentra en las interacciones con los menores y el manejo adecuado de los conflictos que puedan surgir. Por lo tanto, las principales fuentes de satisfacción con el trabajo se asocian, precisamente, a los resultados de su labor. En este sentido, refieren sentirse satisfechas cuando perciben avances en los menores como resultado de su influencia educativa y afectiva. Por lo tanto, celebran los cambios positivos que van manifestando los menores y cómo van mejorando las interacciones a lo interno del hogar.

### **2.3. Capacitación profesional para el desempeño del trabajo asistencial**

La mayoría del personal asistencial con experiencia previa en la atención a niños indica que los aprendizajes adquiridos en su práctica anterior representan el principal recurso que emplean, aunque reconocen su carácter limitado, por las especificidades de los menores acogidos en los hogares.

La totalidad del personal asistencial estudiado vivencia una significativa necesidad de recibir capacitación profesional, dadas las complejas demandas que implica la atención a estos menores, lo que coincide con investigaciones previas (Mesa Cumbreira, 2013). Las trabajadoras reconocen la necesidad de elevar sus conocimientos sobre las especificidades conductuales y emocionales de los niños y adolescentes que atenden, y lo oportuno de recibir una mayor formación, que les permita desarrollar mejores herramientas educativas para incidir de manera positiva en los niños. Este reclamo se sustenta, además, en la necesidad de incorporar recursos y habilidades comunicativas que contribuyan a la disminución de los conflictos y, por ende, optimizar la adaptación de los menores al hogar y lograr estándares más altos de convivencia.

## CONCLUSIONES

A partir de la triangulación de la información obtenida en las entrevistas realizadas y teniendo en cuenta los resultados expuestos y analizados planteamos que, como conclusión fundamental, los estilos educativos empleados por el personal asistencial se caracterizan por cierto nivel de inconsistencia. Esto responde a que, aun cuando ciertas estrategias educativas son aceptadas de manera unánime y otras son rechazadas por su carácter maltratador, no existe una estrategia educativa institucionalmente pautada que estandarice las prácticas de crianza del personal del hogar en la atención a los niños y adolescentes acogidos.

Es así que se emplean el diálogo y el castigo como los principales recursos para ejercer la autoridad y proporcionar una influencia educativa, moderadora y correctiva en los menores. No obstante, no es unánime la valoración de las trabajadoras respecto a la efectividad de ambos, reconociéndose el carácter limitado de los mismos para tramitar adecuadamente los conflictos que surgen y responder a las diferentes demandas de atención, cuidado, educación y crianza.

Las diferencias individuales de las cuidadoras en cuanto a sus habilidades comunicativas y relacionales, su nivel académico y de formación profesional, sus experiencias laborales previas y el tiempo de trabajo en el hogar condicionan la calidad del vínculo que establecen con los menores, el estilo de socialización empleado con los mismos y la calidad del servicio prestado. Un elemento que a nuestra consideración se torna fundamental para entender los resultados obtenidos está relacionado con la escasa preparación y formación profesional que recibe el personal para el desempeño de su función educativa, lo que supone un riesgo que puede dar lugar a improvisaciones y prácticas educativas que respondan a consideraciones personales y experiencias previas, más que a principios rectores institucionalmente delimitados, orientados a promover el bienestar y la protección infantil.

Como se planteó con anterioridad, resulta imprescindible particularizar las prácticas educativas, de tal manera que se puedan identificar aquellos elementos específicos que la dinamizan e influyen. Reiteramos entonces la importancia de tener en cuenta que el estilo educativo empleado por el personal asistencial del hogar no está solo mediado por sus características, sino que tiene un carácter bidireccional, donde influyen también las características de los menores y el cómo responden a dichas estrategias educativas. En este sentido, la presencia de varios grupos etarios en el hogar, las particularidades psicológicas de cada período del desarrollo y las dificultades emocionales y conductuales presentes en este tipo de población son elementos que pautan tanto el funcionamiento del hogar, como le vínculo profesional y humano entre las trabajadoras y los menores bajo su cuidado.

Como fortaleza se reconoce la ausencia de dinámicas educativas maltratantes en el hogar, lo que contribuye a generar un clima positivo y de confianza en los menores. Además, resulta favorable el hecho de ponderar el trato sobre la base del afecto como vía de acercamiento a los menores, para promover el cambio e intentar ofrecer un vínculo emocional que compense en alguna medida la ausencia de la familia. Elementos positivos se identifican también en la implicación emocional de personal por la tarea a realizar, el reconocimiento de la importancia de sus funciones para la protección a los menores y la orientación positiva y empática hacia el mundo infantil.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Arés Muzio, P. (2010). *La familia: una mirada desde la psicología*. La Habana, Cuba: Editorial Científico-Técnica.

- Barudy, J. y Dantagnan, M. (2005). *Los buenos tratos a la infancia: parentalidad, apego y resiliencia*. Barcelona, España: Gedisa S. A.
- Cyrulnik, B. (2005). *Los patitos feos. La resiliencia: una infancia infeliz no determina la vida*. Barcelona, España: Gedisa S. A.
- Delgado Magro, L. (2012). *Infancia y adolescencia en acogimiento residencial. Conductas exteriorizadas-interiorizadas y evaluación de apego* (tesis de doctorado). Barcelona, España: Universidad Autónoma de Barcelona.
- García Véliz, M. C. (2013). Precisiones para el funcionamiento de los hogares de menores sin amparo familiar. En T. Chkout y coautores, *Sobre el perfeccionamiento de la Educación Especial* (pp. 230-241). La Habana, Cuba: Editorial Pueblo y Educación.
- Mesa Cumbreira, O. (2013). *Síndrome de Burnout. Un estudio en el personal asistencial de un hogar de menores* (tesis de licenciatura). Universidad de la Habana, Cuba.
- Santana Díaz, I., Rodríguez González, E. y Rodríguez Ortiz, N. (2018). Apoyo social percibido en adolescentes sin amparo filial. En C. Caballeros, J. Torralba y A. Lorenzo (comp.), *VII Convención Intercontinental de Psicología HOMINIS 2018* (pp. 2397-2402). La Habana, Cuba: Editorial UH.
- Soler Veloz, K. (2007). Influencia de las instituciones educativas en la formación de la personalidad del niño: el problema de la infancia abandonada. Recuperado de <https://www.monografias.com/trabajos52/infancia-abandonada/infancia-abandonada.shtml>